CANTABRIA ACADÉMICA

Tema: Psiquiatria

# *Leonora Carrington*

## *(Las fantasías que nos habitan)*

*Juan Francisco Díez Manrique*

*Diciembre 2024*

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE CANTABRIA

Nº 373

**CANTABRIA ACADÉMICA**
Fundada en 1970 por el Dr. D. Francisco Vázquez de Quevedo
Real Academia de Medicina de Cantabria
Colegio Oficial de Médicos de Cantabria
C/ Ataúlfo Argenta, 33
39004 Cantabria (España)
Telf: + 34 645 943 756
www.ramcantabria.es
administracion@acimecan.com
La Real Academia de Medicina de Cantabria es una Asociación de Utilidad Pública inscrita en el Registro de Asociaciones de Cantabria con el número 537

# *Leonora Carrington (Las fantasías que nos habitan)*

*Juan Francisco Díez Manrique*

*Diciembre 2024*

Edita
Real Academia de Medicina de Cantabria
Subvencionada por la Consejería de Universidades e Investigación,
Medio Ambiente y Política Social

JUNTA DIRECTIVA
Presidente: Dr. D. José A. Riancho Moral
Vicepresidente: Dr. D. José Carlos Fernández Escalante
Secretario: Dr. D. Domingo González-Lamuño Leguina
Vicesecretaria: Dra. Dª. Carmen Blanco Delgado
Tesorera: Dra. Dª. María Dolores Fernández González
Bibliotecaria: Dra. Dª. María Ángeles Ros Lasierra

Impreso en Santander

Maquetación: Juan Carlos Abascal Fernández
ISBN: solicitar
Depósito Legal: solicitar

Al acercarme, curioso, a la estancia de Leonora en Santander, por «motivos psiquiátricos», me he sentido cautivado por su producción artística y, sobre todo, por su abigarrada biografía.

Parte de los datos que he utilizado para elaborar este escrito, han sido extraídos de sus propias memorias y de fuentes difícilmente identificables, así como de relatos periodísticos, algunos escasamente documentados y tendenciosos y que se han ido repitiendo a través del tiempo

Hemos de aceptar, en principio, que Leonora Carrington fue una mujer de compleja personalidad de la que dejó constancia en su propio vivir, en su pintura, y en el resto de creaciones artísticas y literarias.

Nació Leonora en 1917 en Chorley, localidad del condado de Lancashire, en el noroeste inglés. Su familia, dueña de Imperial Chemical Industries, formaba parte de una poderosa aristocracia empresarial, que había iniciado su prospera fortuna en el mundo de las manufacturas textiles. Desde su infancia puso de manifiesto una fértil imaginación, junto a una desafiante rebeldía. En los comentarios biográficos se repite que sus fantasías infantiles fueron alimentadas por los relatos de su madre y sobre todo de su abuela y su ama, irlandesas, que la entretenían con cuentos y leyendas pertenecientes a culturas celtas (Shides incluidos), de los que Irlanda es tierra muy pródiga.

Sus singularidades (entre otras escribir con ambas manos, con la izquierda en sentido inverso) y, sobre todo, su rebeldía dio lugar a que ya a los nueve años fuera expulsada del colegio en cuyo internado estudiaba, en Chelmsford, ciudad cercana a Londres. A los adultos y, sobre todo, en climas pedagógicos tradicionales, les resultaba incomprensible e intolerable que en un proceso de maduración mental un niño pudiera identificarse con animales u objetos y vivirse como tales o considerar más consistentes las fantasías que las realidades. Estas «singularidades» y su postura oposicionista colmaron la capacidad de tolerancia del «Convento».

Las expulsiones se repitieron en otros colegios. Las enseñanzas regladas y la disciplina pedagógica, además de tediosas, eran poco compatibles con su inquieta actividad y con la riqueza de fantasías que habitaban su conciencia. Sobre algunos de estos contenidos mentales (caballos, hienas) hace, ya desde su infancia, fijaciones de tipo simbólico que van a resurgir de forma plástica en sus futuras producciones artísticas. Tras una niñez oposicionista, añorando juegos y actividades reservadas a sus hermanos varones y expresando ya sus deseos de pintar, entra en una adolescencia en la que sigue dando muestras de su inconformismo.

A su paso de la niñez a la adolescencia fue enviada a Florencia a una «escuela para señoritas aristócratas», en la que tampoco fue posible su adaptación. Se aposentó, a continuación, en la misma

Florencia y comenzó su formación en el estudio de un profesor de arte (Simón) con el que aprendió dibujo figurativo, adquiriendo al parecer un aceptable dominio técnico. En esta época produjo una serie de dibujos y pinturas en las que lo figurativo se mezcla ya con lo simbólico y con componentes extraídos de las evocaciones que provocaban en ella la contemplación de contenidos pictóricos, arquitectónicos y paisajísticos de la Florencia en la que residía.

Mantiene sus deseos de pintar y en los viajes que realiza con su madre, en París, Roma, Venecia…se entusiasma con la contemplación de las obras de arte, pintura, sobre todo, que pueblan los museos de los lugares que visita. Terminó convirtiéndose en una experta conocedora de obra pictórica, interesándose, sobre todo, por las corrientes surrealistas.

A los 19 años ingresó en la academia creada por Ozenfant en Londres, donde trabajó de forma disciplinada, a pesar de que el maestro era persona muy rígida y exigente. Sus producciones pictóricas y literarias van madurando y van adquiriendo el sello que su singular personalidad imprime en ellas.

Se integró pronto por el movimiento surrealista con concesiones al dadaísmo. Las posturas y producciones dislocadas, rebeldes e iconoclastas de dadaísmo y surrealismo encajaban muy bien en las personales tendencias imaginativas de Leonora. Es en el surrealismo; que sostiene que es el inconsciente la fuente que proporciona al artista el material creador, el movimiento en el que se enmarcan sus futuras producciones y su propia vida.

Se sumerge en los ambientes surrealistas de la mano de Max Ernst, con el que estableció una apasionada relación en 1937. Siguiendo sus propias aficiones artísticas y atraída por la personalidad y la persona de Max, se traslada a París donde mantiene con él una apasionada relación.

La diferencia de edades (20-47), que estuviera casado y, sobre todo, los ambientes surrealistas de desajustes y libertades en los que se

movía el pintor, son totalmente opuestos a la moral familiar de los Carrington y del total desagrado de esta. Pese a ello Leonora mantiene la relación, dando lugar a que su padre la considerara expulsada del seno familiar y prometiera no volver a verla; promesa que cumpliría.

En París se integra en un amplio grupo de artistas (Breton, Dalí, Leduc, Miró, Picasso, etc.) en el que termina convirtiéndose en referente por sus encantos sociales, personales y artísticos y por su deslumbrante sentido de la libertad. Leduc como veremos, terminó siendo posteriormente importante en su historia personal.

Tras una ruptura tensa de Max con su esposa, establecen su residencia en Saint-Martin-d´Ardéche, en el sureste francés, Junto al río que da apellido al pueblo, en el departamento del Ródano. Recibió allí la visita de su madre y el dinero necesario para adquirir la casa y algunas viñas. En su nuevo y aislado asentamiento pintan, esculpen y conviven con el poblado, al que a veces extrañan y escandalizan alguna de las libertades de la pareja.

En 1939 es apresado Max Ernst. Max era judío, nacido en Alemania y esta era la segunda vez que era detenido y apresado. Aunque no se precisaban en Francia muchos motivos para detener a una persona en aquel momento histórico, Max Ernst como la propia Leonora, estaban integrados en movimientos de oposición a los que pertenecían varios artistas e intelectuales, ligados, entre otros, a los ambientes surrealistas.

A partir de este momento, la vida de Leonora se torna caótica, cargada de inseguridades y amenazas. Como la delación es una planta de fácil y rápido crecimiento, se instalan en Leonora, entre otros miedos, el de ser «denunciada». Estos constantes temores terminan por descompensar su estabilidad psicológica.

Aprovechando la huida de una amiga (Catherine Yarrow) y el acompañante de esta (Michel Lukas), se traslada a Madrid. Toma esta decisión, tras las presiones de su amiga y por creer que desde España podría conseguir un visado para Max. También en esta

ocasión recibe ayuda de su familia que consigue hacerla llegar un salvoconducto a Andorra, para poder cruzar la frontera, y desde allí continuar su viaje.

En Madrid, la familia, una vez más, trata de tutelarla y encomienda esta misión a un directivo de la Chemical (Van Ghent).

En una de las salidas del hotel donde se alojaba, fue asediada, y se turnaron en su violación cuatro jóvenes que al parecer eran «requetés». Tras la violación la abandonaron, semidesnuda, en «El Retiro» y fue hallada allí por un policía municipal que la acompañó a de nuevo al hotel. Las violaciones son prácticas muy comunes en tiempos de guerra y posguerra entre combatientes y excombatientes de unos y otros bandos. Aunque hace ya algún tiempo que concluyeron las contiendas cruentas, las violaciones se siguen produciendo en nuestros medios, en solitario o en «manada», hasta casi haberse convertido en un deporte nacional.

Contactó Leonora con el consulado británico, que, de acuerdo con la familia, propició una consulta psiquiátrica. La entrevista del Dr. Martínez Alonso, y posteriormente del Dr. Pardo, coincidieron en que efectivamente padecía un trastorno mental, y, con esta confirmación diagnóstica y la oportuna sedación, fue trasladada desde el hotel Ritz, donde residía, a Santander, a la clínica del Dr. Morales, en la que permaneció seis meses.

Las vivencias de Eleonora en la clínica del Dr. Morales están documentadas en su libro «Memorias de abajo». Su estancia y los tratamientos que recibió los analizaremos más adelante.

Salió del sanatorio con el permiso concedido a un primo suyo, el Dr. Guillermo Gil, al que se bahía quejado de los maltratos a los que era sometida. Guillermo le propuso su traslado a Madrid, tras ponerse en contacto con la embajada inglesa. Acompañada por una enfermera del sanatorio, se desplazó a Madrid en tren. Allí se instaló en un hotel, costeado por supuesto por su familia. Van Ghent la había comunicado previamente que existía el proyecto de trasladarla a un «magnífico» sanatorio, en Sudáfrica.

Durante su estancia en el hotel se encontró casualmente con Leduc al que contó sus graves problemas y este le propuso un encuentro en la embajada de Méjico en Lisboa, por donde tendría que pasar.

De nuevo, por tren, se trasladó a Lisboa, para continuar supuestamente desde allí viaje a Sudáfrica. Una vez en Lisboa se refugió en la Embajada de Méjico y contactó, de nuevo con Renato Leduc que era segundo cónsul en dicha embajada. Era Leduc un poeta, cercano como hemos dicho, al círculo de amistades creado alrededor de las corrientes surrealistas a las que pertenecían Max Ernst y Leonora. Se responsabilizó Leduc del incierto futuro de Leonora y acordaron contraer matrimonio. Se da por cierto que el matrimonio lo era, en gran parte, de conveniencia y que para Leonora tenía, entre otras, la finalidad de poder desvincularse de la tutela familiar.

En torno a la embajada mejicana en Portugal se habían concentrado varios componentes del grupo surrealista, grupo que se fue enriqueciendo con nuevos componentes, como Buñuel. También formaba parte del conjunto el propio Max, que había establecido un vínculo relativamente estable con Peggy Guggenheim.

De Lisboa viaja Leonora, con Leduc, a Nueva York, donde permaneció un año, para retornar en 1942 en Méjico, su destino definitivo.

Entre las personas significativas con las que se relaciona Leonora en Méjico, deben citarse en primer lugar a Remedios Varo, cuya perdida tuvo que sufrir dolorosamente más tarde, y a Kati Horna. Ambas fueron sus confidentes y un importante apoyo. Le brindaron la posibilidad constante de contrastar realidades, fantasías y afectos. A Remedios le dijo una vez una frase que definía con claridad parte de su forma de ser: «No hago las cosas, me suceden».

Ya en Méjico y rota su relación con Renato Leduc, establece una nueva y prolongada con Emérico Weisz (Chiki). El relato que le hizo este de su azarosa vida fascinó a Leonora y la enamoró. Era Chiki un fotógrafo que había registrado en los negativos de su cámara, junto a Capa, los horrores de la guerra europea y los sufri-

mientos humanos de las poblaciones que los padecían directamente o estaban en sus áreas de influencia. Húngaro, nacido en Budapest en 1911, de familia judía; huérfano de padre desde los cuatro años, fue internado en un orfanato y sufrió una niñez y adolescencia fustigado por los odios antisemíticos que impregnaban Europa. Huyó de Hungría con Ernö Andrei Friedman (futuro Robert Capa), el fotógrafo de las guerras, a quien acompañó en sus andanzas fotográficas y vitales. A pie y sin medio económico alguno, llegaron ambos a Berlín en 1933; ni el lugar, ni el momento, eran los más propicios para dos sujetos a quienes rodeaban epitelios olfativos hipersensibles al aroma judío y donde la delación era omnipresente. De nuevo, a pie, y con los mismos medios económicos con los que llegaron a Berlín, emprendieron viaje a París, lugar más seguro, en donde consiguieron, a través del fotógrafo David Seymour, algunos trabajos, entre ellos cubrir las noticias de la contienda que se inicia en 1936 en España («La Guerra Civil»).

Regresó a París en 1940, trasladándose hasta Marsella en bicicleta y salvando gran parte del material fotográfico acumulado por Capa y por él mismo. De nuevo es detenido (previamente había entregado los negativos fotográficos al diplomático Mejicano Francisco Javier Aguilar García) y fue internado en un campo de concentración en Marruecos. Tras unos meses logra fugarse y huye nuevamente a Marsella. Desde aquí, con ayuda económica y relacional de Capa, consigue un pasaje para Méjico y recala en Veracruz, en octubre de 1942, en compañía de algunos componentes del grupo surrealista con los que había establecido relación en Marsella.

En Méjico le proporcionan trabajo en SEMO, estudio fotográfico propiedad de Simón (Senia) Flechine, de ascendencia ruso-judía. Se convierte así en el fotógrafo de todo tipo de celebridades.

Se mueve en el marco de tertulias de refugiados a las que asistían, además de personajes marcados ideológicamente desde el punto de vista político, personas con inquietudes artísticas de tendencias diversas. Entre ellos había componentes del surrealismo y allí conoció a Leonora, se enamoró y tuvo con ella sus dos hijos (Gabriel y Pablo).

Consigue el matrimonio un ambiente familiar en el que Leonora comienza su producción artística en forma de pintura, elaboración de muñecos y tapetes, diseños de tapices, collages, etc. Mantienen una íntima relación con los ambientes culturales y Leonora se integra de forma definitiva en las corrientes surrealistas, relacionándose con las personalidades más significativas de dicha orientación artística. En este clima fueron fluyendo las producciones de su ubérrima fantasía. En una búsqueda de las esencias simbólicas de su inquietante mundo interno, se documentó y exploró aquellos medios que podían ayudarla a comprenderlo y estudió los simbolismos dispersos en otras culturas, religiones, juegos adivinatorios o alquimia. En consonancia con estas inquietudes de base junguiana, profundizó en el estudio, y algunas veces hasta en la práctica, de budismo, tarot, Cábala, cultura maya, o creencias oraculares chinas. A veces recurrió el consumo de sustancias que supuestamente podían ayudarla en esta búsqueda.

Las inmersiones que realiza en su propia conciencia fantástica movilizan en ella una prolífica producción en forma literaria, pictórica, y posteriormente escultórica, que han dado lugar a una ingente obra.

Poco a poco comienza a aparecer en catálogos junto a pintores consagrados; galerías de arte y museos se interesan por obtener sus obras. Es solicitada en todos los medios y visitada por personajes famosos (Octavio Paz, León Felipe, Vivian Leigh, María Félix.)

En el plano de las relaciones con su familia nuclear, se establecen algunos puentes. La madre la visita con motivo del nacimiento de Pablo, y Leonora realiza un viaje, acompañada de sus hijos, a su Inglaterra natal donde fueron recibidos por aquella.

A parte de este viaje, solo abandonó México en otra ocasión y también en compañía de sus hijos. Fue a final de la década de los sesenta, para trasladarse a Estados Unidos, huyendo de los conflictos que dieron lugar a las revueltas universitarias y sus represiones. Se sintió atemorizada por la participación que tenían sus hijos en ellas, y por la significación que ella misma había tenido en su apoyo.

Autoretrato

Los éxitos, no le deparan una estabilidad emocional plena; el exilio pesó sobre ella. A parte de la necesidad de nuevas relaciones afectivas, sufrió periodos de tipo ansioso y depresivos para los que buscó alguna ayuda profesional (Ramón Parres) y otras ayudas y guías de tipo espiritual o mágico.

Su vida fue un constante alegato a la libertad y, en concreto, a la libertad de la mujer. Leonora ejerció de feminista; un feminismo vivido, «de oficio», a veces heroico, contrapuesto al feminismo de escaparate y pancarta. En este aspecto contó con el apoyo de Remedios y Kati. Rechazó siempre los intentos de ser convertida en musa del surrealismo pese a las seductoras maniobras de los machistas componentes del grupo (Breton incluido).

El árbol de la vida

Falleció en 2011, a los 94 años tras haber recorrido una vida azarosa, pero plena, que mueve a respeto y admiración. De su obra; además de colecciones particulares, o singulares piezas pictóricas y escultóricas, como el mural del Museo de Antropología o su cocodrilo en el Paseo de la Reforma; ha quedado constancia en múltiples museos y sobre todo en el «Leonora Carrington» en San Luis de Potosí y parece inminente la apertura de su propia casa que será transformada también en museo. Se ha multiplicado la bibliografía dedicada a sus creaciones y a su persona, ampliada por adaptaciones teatrales, tertulias, foros o reportajes cinematográficos (Javier Martínez Domínguez).

⋆⋆⋆

Por pura deformación profesional, como dije, he sentido curiosidad por el episodio que motivó el ingreso de Leonora en un sanatorio santanderino.

Aunque el concepto de enfermedad mental no es claro, debemos aceptar que Leonora padecía en ese momento una seria descompensación psicológica con claros componentes de tipo delirante.

No existe ningún modelo teórico que dé una respuesta explicativa completa de qué es el delirio. Los modelos basados en la interpretación anómala de la experiencia, los basados en razonamientos distorsionados, o los basados en alteraciones cognitivas (sobre todo, atencionales), ayudan a entender algunos aspectos del delirio, pero no a este en su totalidad. Otro tanto sucede con las teorías de la mente, que dan sin embargo una buena explicación de algunos síntomas psicóticos.

La admisión de una conciencia «distinta» en el delirante, nos acerca bastante al entendimiento del delirio. El cambio de conciencia que se produce en el delirante es evidenciable y es un estado que ha sido constatado, refiriéndose sobre todo a las primeras fases del episodio. La «vivencia delirante primaria» de Ey, o el «trema» de Conrad son ejemplo de ello. Las vivencias delirantes son experimentadas y descritas como un «cambio». El cambio afecta a la globalidad de la

Cocodrilo-Paseo de la reforma. México

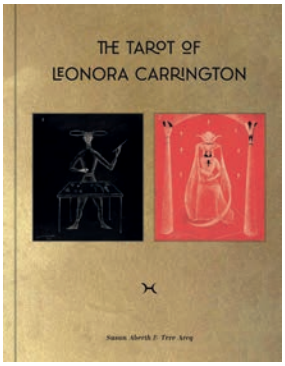
Cocodrilo-Paseo de la reforma. México

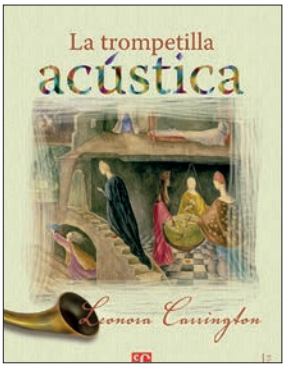
conciencia, tanto a «la propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en las modificaciones que en sí mismo experimenta» (conciencia del yo), como al «conocimiento reflexivo de las cosas» (conciencia del mundo). El delirante tiene una conciencia distinta de sí y del mundo. Sostiene Ortega que vivir es desarrollar el proyecto vital de nuestras creencias, aquellas desde las que cada uno de nosotros percibimos e interpretamos el mundo. Ni el mundo, el mundo virtual que recreamos constantemente, ni nuestras creencias son inmutables; todo lo contrario; creencias y mundo giran en el caleidoscopio de nuestra conciencia y sus modificaciones son sometidas a constantes interpretaciones.

Puede entenderse el delirio como la visión del yo y del mundo que experimentamos en uno de los giros interpretativos del caleidoscopio. No debería aplicarse a los estados delirantes adjetivos cómo negativo, regresivo, desviado, etc. La conciencia delirante no es patológica cómo no lo es durante el sueño, el ensueño, el enamoramiento o el éxtasis. Son conciencias distintas. El delirio es sustentado por una conciencia con otras creencias y desde ellas la configuración de otro mundo, otra realidad. El delirante, cuando refiere los contenidos de sus delirios, no utiliza metáforas, describe realidades.

La conciencia, delirante o no, se alimenta de creencias. Ortega hace una diferenciación entre ideas y creencias. Vivimos inmersos en nuestras creencias, y nuestro yo y el mundo que nos rodea son interpretados y vistos de acuerdo con dichas creencias. Por el contrario, las ideas, desde la más exacta de las teorías a los contenidos poéticos, no nos poseen, no estamos inmersos en ellos. Las creencias nos sostienen, las ideas las sostenemos.

El hombre busca constantemente un significado a la realidad. Estas significaciones se alimentan de las halladas por los hombres que nos han precedido y muy especialmente por las que sostienen nuestros grupos de convivencia. Somos el fruto de genes, memes (Dawkins) y convivencias. Sobre este entramado de creencias elaboramos nuestras ideas y sobre todo nuestros prejuicios. El delirio se basa en un cuerpo de creencias que sustituye a creencias anteriores.






Los contenidos delirantes son limitados en su número, y pueden ser agrupados, como sugería Sarró al elaborar sus esquemas sobre los «mitologemas». Estas agrupaciones son válidas para sueños, mitos, fantasías, producciones artísticas, juegos, hábitos y delirios.

Aunque es imposible diseccionar en la conciencia los contenidos referidos al yo y los referidos al mundo, podemos hacer una división artificial de los argumentos delirantes, dependiendo de que las creencias afecten más a una u otra vertiente. Según esta artificiosa treta podemos diferenciar mitologemas o delirios, en los que las creencias se basan más en la conciencia del mundo, frente a otro grupo en el que se basan más en la conciencia del yo.

Al primer grupo corresponderían los mitologemas sobre el fin del mundo, la hostilidad universal, deformación del espacio y el tiempo, los seres fantásticos, y las transformaciones simbólicas.

En el grupo de mitologemas que se apoyan más en contenidos pertenecientes a la conciencia del yo se encuadrarían aquellos con convicciones referentes a mesianidad, divinización, muerte reversible, pluralidad diacrónica y sincrónica de egos y metamorfosis de la corporeidad.

Existe un mitologema en el que se entremezclan contenidos tanto de la conciencia del yo como de la conciencia del mundo. Se trata del etnogeocentrismo. Consiste éste en el absoluto convencimiento de que aquel lugar en el que he nacido es poco menos que el centro del universo, y, por tanto, yo, como aquellos que han tenido la fortuna de compartir dicho lugar de nacimiento, somos seres privilegiados y distintos (y por supuesto, superiores). Se alimenta este mitologema del alto componente emocional que despiertan las referencias al «terruño» o «los orígenes», que ahondan y se basan en contenidos arcaicos inconscientes. La casa «materna o paterna» alberga los imagos infantiles. Debido a sus altos componentes emocionales es muy fácil su «contagio». Todos estos elementos son utilizados por los movimientos nacionalistas o nacionalsocialistas, que a los símbolos añaden conceptos como el de «patria», y más símbolos (banderas, tótems, ritos culturales y hasta elementos ligados a la procedencia racial). Si todo ello se enriquece con un componente ideológico, está justificado vivir, morir y matar por dichas convicciones.

Los mitologemas son expresiones de realidades espirituales universales que tienen su origen en un campo extra consciente que rebasa el inconsciente personal para situarse en un inconsciente más universal. Esta es la razón por la que la actualización de algunos arquetipos prende en el medio social y se contagia. Este mecanismo explica la convencida aceptación de ideales nacionalistas, fascistas, sectas, movimientos esotéricos, etc.

Los contenidos delirantes replican las grandes producciones mítico-religiosas de la humanidad. Se repiten una y otra vez los mismos esquemas; persecuciones, héroes, divinidades, monstruos, pueblan el mundo delirante como poblaron las producciones de los primeros relatos humanos y posteriores obras artístico-literarias. Los fondos productivos responden a un catálogo limitado que se reduce, más o menos, a los contenidos mitologemáticos enumerados por Sarró.

Nuestra conciencia está poblada por los grandes temas que han conmovido a la humanidad desde sus primeros tiempos, y que conforman y forman parte del inconsciente colectivo. A medida

que penetramos en nuestro inconsciente personal y biográfico, ensanchamos la conciencia del yo y aparecen parcelas cada vez más profundas que nos son extrañas y que nos sitúan en comunión con el universo. Los mitos pueblan nuestro inconsciente; son configuraciones formales de creencias que tienen extensión universal y que perduran a través del tiempo.

Para intentar comprender el episodio que originó el ingreso de Leonora en la clínica de Santander, recurriremos a analizar su propia biografía y sobre todo sus memorias. No pueden ser admitidos, sin embargo, los contenidos de estas como «artículos de fe». Las memorias de Leonora se basan en aplazados recuerdos (escribió unas primeras que se perdieron) de situaciones personales vividas bajo las deformaciones de sus creencias; en momentos en los que su conciencia estaba perturbada por temores, sedaciones medicamentosas, insomnios prolongados, periodos de agitaciones maniacas, etc. A todo lo anterior debe añadirse que en las memorias suelen verterse contenidos del área evidente y en ocasiones de extrema sinceridad, contenidos del área oculta; carecen, por tanto, de los contenidos personales del área ciega y del área desconocida (Ventana Johari).

| Parcelas Personales | Conocidas por uno mismo | Desconocidas por uno mismo |
|---|---|---|
| Conocidas por los otros | Evidente | Ciego |
| Desconocidas por los otros | Oculto | Desconocido |

Además de lo anterior, para tratar de hacerlas más comprensibles y «elegantes», todas las memorias tienden a ser noveladas y en el caso de Leonora ello es más evidente por sus excelentes habilidades literarias. No obstante, son una fuente imprescindible para acercarse

al episodio en el que se basó su internamiento. En ellas comienza refiriendo que tras la detención de Max «estuve llorando varias horas en el pueblo; luego volví a mi casa donde me pasé veinticuatro horas provocándome vómitos…. primero quería limpiarme yo misma y luego ir más allá..... Mi estomago era el lugar donde se asentaba la sociedad, pero también el punto por donde me unía con todos los elementos de la tierra. Era el espejo de la tierra, cuyo reflejo es tan real como la persona reflejada. Tenía que eliminar este espejo -mi estomago- las capas de suciedad (las fórmulas aceptadas) que lo empañaban, a fin de que reflejase clara y fielmente la tierra; y cuando digo >la tierra> me refiero, como es natural, a todas las tierras, estrellas y soles del cielo que hay sobre la tierra, así como a todas las estrellas, soles y tierras del sistema solar de los microbios.»

Afloran ya aquí unas producciones de grandiosa superioridad personal expansiva. A ella se siguen otras vivencias de poder y fortaleza sobrehumanas. Permaneció en el pueblo trabajando en su huerto y viñedos «asombrando a los campesinos con mi fuerza»….«tenía una fuerza física como no había experimentado antes».

En este estado; deficiente y anárquicamente alimentada; una amiga (Catherine) la oferta la posibilidad de huir, aprovechando que ella piensa hacerlo ante el peligro que suponía la presencia alemana, cuyo único temor para Leonora «era pensar que eran robots, seres descerebrados y descarnados»

Podemos aceptar que Leonora se sentía perseguida ya antes, y mucho más después, de la detención de Max Ernst. Sus temores tenían una base real porque Max y ella misma se movían en núcleos de resistencia y detenido él, el miedo a su propia detención no era un pensamiento en absoluto absurdo. Es razonable pensar que este temor fuera compartido por el resto de las personas de sus círculos cercanos, y que creciera a medida que se producían nuevas detenciones y las obligadas delaciones, que proliferaban de forma proporcional al aumento de las presiones persecutorias. El medio propiciaba un temor que se iba agigantando con rumores, falsas noticias y deserciones. En este caldo de cultivo es fácil aceptar el nacimiento en Leonora de un auténtico delirio persecutorio enriquecido, sin

duda, por su fecunda fantasía, pero perfectamente comprensible. Las conversaciones, producidas en los medios que la rodeaban, los distintos sonidos e imágenes del ambiente, empezarían a tener para Leonora significados amenazantes y sobre todo personalizados. Con estas vivencias de constante amenaza, se deforman las realidades, el mundo se puebla de significados y referencias y poco a poco se va construyendo un auténtico delirio referencial persecutorio, en el que se producen deformaciones catatímicas de la realidad que crecen a medida que crece el delirio, al que sirven a su vez de necesario alimento.

Cuando inicia su viaje a España, con su amiga Catherine, podemos aceptar que Leonora era una persona poseída por un omnipresente temor persecutorio, en constante estado de ansiedad y en una fase de pensamiento hiperactivo.

A medida que el mundo se torna amenazante e invade poco a poco su yo, busca mecanismos defensivos y trata de aliviar esa incomoda comunión. Si el mundo la invade y manipula, busca medios para influir sobre él.

Cabe suponer que Leonora tenía un buen entrenamiento para ello; el clima creado por los cuentos de su abuela ama y madre, eran un buen caldo de cultivo para espolear dichas fantasías. Como muchos de nosotros habría ensayado en su niñez los poderes mágicos que todos hemos tenido la certeza de poseer. Mis actos, omisiones, palabras, o simples deseos pueden influir sobre el mundo que me rodea. El paso del tiempo y el enfrentamiento con la terca realidad eliminan estas creencias; por el contrario, situaciones de estrés o estados de conciencia modificados, pueden resucitar estas fantasías.

Cuando Catherine dice que se han agarrotado los frenos del «Fiat», Leonora relaciona la incidencia con su propio agarrotamiento, tiene la certeza de influir sobre el funcionamiento del coche y se siente aterrada de su «propio poder». En este caldo de cultivo comienzan a producirse pseudopercepciones y hasta creaciones de carácter alucinatorio, que la hacen dudar de su control sobre las ideas «arraigadas en su mente», y hasta de sus capacidades motoras. Ha ensa-

yado un peregrinaje para limitar o impedir los descontroles y realiza «pactos» para congraciarse con la montaña y con los animales en «una especie de lenguaje de tacto», que estaba convencida que en aquel momento poseían sus sentidos.

Tras su llegada a Barcelona en lo que pensó que era «su reino» y que su «tierra roja era la sangre seca de la Guerra Civil», se trasladan a Madrid. En una calurosa noche del verano madrileño y cenando en la terraza del hotel tiene la vivencia de que «Madrid era el estómago del mundo» y que ella «había sido elegida para la empresa de devolver la salud a este órgano digestivo». De nuevo su mundo y el mundo se entremezclan y el cuadro disentérico que padece con posterioridad «no fue otra cosa que la enfermedad de Madrid que tomaba forma» en su aparto intestinal.

La convicción de la capacidad de su mente para influir sobre el mundo que la rodeaba no se limitaba solamente a ella. Van Ghent, (el enviado de su familia) manipulaba a los transeúntes «por los ojos» y poseía otros poderes «infames», llegando a tener «hipnotizado Madrid, a sus hombres y su tráfico», y «había sembrado la angustia con caramelos envenenados a fin de esclavizarlos a todos». También ejercía su malévola influencia sobre ella misma.

Sigue relatando Leonora: «La conclusión lógica de esta idea era denunciar el horrible poder de Van Ghent a las autoridades, y luego proceder a liberar Madrid. Me parecía que la mejor solución era que se estableciese un acuerdo entre España e Inglaterra. Así que llamé a la embajada británica y fui a visitar al cónsul. Me esforcé en convencerle de que la Guerra Mundial estaba siendo dirigida hipnóticamente por un grupo de personas -Hitler y compañía- que en España eran representadas por Van Ghent; que para vencerle bastaba con comprender su poder hipnótico; entonces detendríamos la guerra y liberaríamos el mundo, que estaba »agarrotado como yo y el Fiat de Catherine; que en vez de vagar sin rumbo por los laberintos políticos y económicos, era esencial creer en nuestra fuerza metafísica y distribuirla entre todos los seres humanos que de este modo serían liberados

«prosigue Leonora: Ese buen ciudadano británico se dio cuenta enseguida de que estaba loca».

Como esta opinión coincidió con el diagnóstico médico (Martínez Alonso), recluyen a Leonora durante quince días en el hotel Ritz procurando mantenerla sedada mediante la administración de bromuros, según manifiesta la propia Leonora. En esos días alimenta la fantasía de «liberar de su sonambulismo hipnótico a Franco» y se confeccionó «diversas prendas de gala con toallas de baño» para su entrevista con el generalísimo. «En cuanto Franco estuviese libre, llegaría a un entendimiento con Inglaterra, luego Inglaterra con Alemania». Es muy posible que su reclusión en el hotel creara problemas, y tras una corta estancia en una institución regentada por personal religioso, propiciada por el Dr. Pardo, fue introducida en un coche, sedada con luminal, y trasladada a Santander a la clínica del Dr. Morales.

Los negativos comentarios que han provocado la decisión del internamiento de Leonora, no tienen en cuenta, qué, además de sus inestabilidades y rebeldías; era una joven que convivía con fantasías, que se materializaban en forma de voces o imágenes que sugerían que pudiera padecer un «trastorno nervioso» confirmado además por los médicos. Ante la presencia de estos datos, no es de extrañar que su medio familiar buscara ayuda. No se puede descartar que en esta decisión influyera la idea de que dicha ayuda, podía contribuir a minimizar o impedir el resto de las conductas reprobadas por la familia. En consecuencia, deciden su ingreso en un sanatorio en Santander. En una Europa inmersa en conflictos bélicos la opción de un tratamiento en la «España neutral», se estimó, que era una buena decisión. Santander contaba además con un magnífico sanatorio, en un emplazamiento digno de cuento de hadas. Por si no fuera suficiente, el Dr. Morales, que había completado su formación médica en Alemania, gozaba del prestigio suficiente para encomendarle el tratamiento de la rebelde y desquiciada joven. Es internada en el sanatorio donde se le asigna una enfermera que hablaba alemán (Frau Asegurado), y es acompañada además por otra persona aportada por su propia familia, Nanny, que la había

Clínica del Dr. Morales

cuidado en su infancia y que no fue bien aceptada y sufrió el rechazo de Leonora en un periodo en que su conciencia de sí y del mundo eran confusas y cambiantes.

La clínica de «Peñacastillo» contaba con edificaciones repartida en varios pabellones y un soberbio palacete, enclavado todo ello en una amplísima y arbolada finca. El palacete fue erigido por el arquitecto vasco Achucarro y perteneció al indiano Alejandro López Hoyos, de una sociedad minera de Bilbao, dedicada a la extracción y tratamiento de blenda, mineral frecuente en la provincia de Santander. La construcción era abigarrada; a Marcos Pereda le sugiere un elemento huido del mundo de Tim Burton; con añadidos ornamentales varios y dependencias regias, entre las que destacaba un comedor oval con ventanales circulares, diseñado por Leonardo Rucabado, responsable, entre otras construcciones, de la Casa de los Chelines de Castro Urdiales o la biblioteca Menéndez Pelayo.

Es posible que el propio conjunto arquitectónico y su entorno ayudaran, en algunos momentos, a mantener y potenciar y hasta distorsionar, la rica imaginación de la nueva inquilina. Parte de sus vivencias han sido desgranadas en sus memorias en las que, entre periodos de somnolencias,

insomnios, exaltaciones maniacas y fases amnésicas, se entremezclan realidades y fantasías referidas al mundo que la rodeaba y a sí misma. Las medicaciones y tratamientos coercitivos a los que fue sometida colaborarían, sin duda, al mantenimiento de estas vivencias.

Se ha especulado sobre los métodos represivos usados para el tratamiento de Leonora durante su estancia en el sanatorio. Es necesario, sin embargo, situar los procedimientos empleados en su momento histórico.

Se ha producido un constante esfuerzo por parte de la psiquiatría para eliminar de sus tratamientos el aspecto punitivo que estos pudan tener. Se han utilizado, sin embargo, terapias en las que es difícil no adivinar dicho factor; entre ellos debe mencionarse el uso de la piretoterapia, abscesos de fijación, los choques cardiazólicos (Von Meduna), o simplemente, el aislamiento o la contención mecánica.

Debe considerarse que, hasta la década de los cincuenta, no aparece el tratamiento con neurolépticos que permiten por primera vez mitigar la sintomatología activa de los cuadros psicóticos. Antes de ello se carecía de recursos para paliar las crisis de agitación y los síntomas activos, psicóticos o no, para poder abordar posteriormente al enfermo. Se hacía necesario contenerlo y forzar una medicación sedante. Los tratamientos buscaban, sobre todo, evitar los cuadros de agitación, y las autolesiones. Los recursos que se aplicaron con Leonora eran los sancionados científicamente en ese momento histórico. Habría sido tratada de forma similar a como lo fue en Santander, en cualquier otro centro de hospitalización. No podemos juzgar si hubo un rigor excesivo en la aplicación de las distintas técnicas y cuidados; lo que, si podemos afirmar, es que muchos de los tratamientos «científicos» a los que se han visto sometidos históricamente los enfermos mentales han carecido por completo de dichas bases científicas. Aunque el resto de la medicina no es ajena a estos errores evolutivos; bien es vedad que la psiquiatría ha sido una de las especialidades médicas menos evolucionada.

Se sentía Leonora en posesión de facultades especiales que le permitían interpretar y reconocer elementos ocultos para otros: «…percibía

en cada vibración particular la actitud de cada cual hacia la vida, su grado de poder y su buena o mala disposición hacia mi».....«Comprendía cada lenguaje en su ámbito particular; ruidos, sensaciones, colores, formas, etcétera».....Elementos formales pasaban a formar parte de sus íntimas preocupaciones, como la imagen del huevo, «macrocosmo y microcosmo, la línea divisoria entre lo grande y lo pequeño«. Su conciencia del yo y del mundo se superponen y entremezclan: »Estaba transformando mi sangre en energía total – masculina y femenina, microcósmica y macrocósmica – y en un vino que se bebían la luna y el sol».

Sus estados de ánimo oscilaban entre periodos de fases hiperactivas, maniacas, coincidentes con sus delirios expansivos; frente a periodos de humor depresivo. Estos últimos potenciados por sus deterioros físicos y por las sedaciones.

La productiva mente de Leonora no descansaba. Elaboraba dibujos con contenidos simbólicos y ocultos como un triángulo, que «lo explicaba todo». Entraban en su habitación a hablarle personajes extravagantes. Este hecho la hace pensar de nuevo en Van Ghent y en la posibilidad de que se encuentre bajo el influjo hipnótico de este.

Refiere sus primeras impresiones tras un largo periodo en el que las sedaciones y su propia situación clínica debieron propiciar, somnolencias, duermevelas y estados confusionales. Aun contenida, comienza a reconocer que está internada en una clínica para hacer reposo. Allí continúa viviendo realidades y fantasías que sigue relatando y en las que incluye a personajes presentes, como el propio D. Luis, junto a otros ausentes. «Intuía que el mundo estaba congelado» y le correspondía a ella derrotar a los Morales y a los Van Ghent, a fin de volverlo a poner en «movimiento». En una ocasión se da cuenta de que «está siendo poseída por la mente de don Luis».

En otro pasaje, tras una posible sesión de tratamiento cardiazólico, refiere su lastimoso estado corporal, su agotamiento y su entrega: «Podían hacer lo que quisieran conmigo: me mostré obediente como un buey».

En días sucesivos describe fantasías de poder; de su capacidad redentora para vengar a los judíos, y la certeza de poder alcanzar el Saber absoluto; o su propia transformación en comunión intima con el mundo y con Dios.: «Era yo quien revelaba religiones y llevaba sobre los hombros la libertad y los pecados de la tierra transformados en Saber, la unión del Hombre y la Mujer con Dios y el Cosmos». En este mismo sentido, siguió elaborando fantásticas cosmogonías.: «Con unos pocos trozos de papel y un lápiz que José me había dado, hice cálculos y deduje que el padre era el planeta Cosmos, representado por el signo del planeta Saturno. El hijo era el Sol y yo la Luna, elemento esencial de la Trinidad, con un conocimiento microscópico de la tierra con sus plantas y sus criaturas». En estas lucubraciones alcanzó su propia divinización.: «Yo era Cristo sobre la tierra…»

Los objetos tienen significados especiales a los que se van incorporando otros, de forma constante y pueden ser cambiados modificando su situación espacial o el orden entre ellos.

El propio ambiente arquitectónico ayudaba a Leonor a elaborar sus fantasías.: «En el tercer piso descubrí una puerta ojival; estaba cerrada. Yo sabía que si la abría estaría en el centro del mundo. La abrí y vi una escalera de caracol; subí y me encontré en una torre, en una habitación circular iluminada por cinco ventanas redondas…». Engarzadas a estas imágenes sigue elaborando ricas teorías cosmogónicas.

Finalmente, tras «un estado de postración …recobré la lucidez». Objetos y personas dejaron de tener sus «significados» y se sintió recuperada.

A su llegada a Santander en una exploración básica, podían confirmarse en Leonora: Ideas delirantes de ser controlada, tanto corporal como mentalmente; la certeza de poseer poderes especiales para influir y modificar el medio, así como la convicción de ser manipulada por poderes de dicho medio; bloqueos del curso del pensamiento y presencia de un lenguaje incoherente,

aderezado con neologismos; gran excitación además del deterioro físico.

Cualquier psiquiatra, a la vista de estos datos, aseguraría hallarse ante un episodio psicótico de tipo esquizofrénico; y así fue diagnosticada. El hecho de «recobrar la lucidez» (de curarse) hace que el Dr. Morales diagnostique una «Psicosis marginal de Kleist». Se trata de un cuadro incluido en lo que Kasanin denominó trastornos «esquizoafectivos agudos». Son episodios de comienzo brusco; en los que suelen encontrarse factores precipitantes; con presencia de síntomas esquizofrénicos y afectivos; y de los que el paciente se recupera totalmente.

Estos diagnósticos sobreviven en la psiquiatría actual y las biblias clasificatorias (CIE-DSM) mantienen su vigencia, incluyéndolos en las categorías de los trastornos esquizoafectivos (F25; CIE 10)

Sobre la patología padecida por Leonora se han aventurado otros diagnósticos, algunos más o menos cercanos a este. En nuestro ámbito, dos médicos han opinado sobre el tema; en mayo de 2021 en el periódico local (Diario Montañés) aparece un artículo del Dr. Rafael Manrique Solana con el que no guardo parentesco alguno a pesar de la coincidencia de apellidos, pero del que si fui profesor y dirigí su tesis doctoral. Valora Rafael la importancia creadora de la artista; hace una crítica de los métodos y formas psiquiátricas y opina que Leonora pudo padecer una psicosis cicloide. En el mismo periódico (D.M.) en fechas más recientes (27.10.23) otro médico y alumno (Antonio Sazatornil), tras hacer una semblanza del personaje y valorar la razón histórica de algunos tratamientos; a la hora de emitir un posible diagnostico se decanta por un «trastorno psicótico agudo»

Fuera de nuestras fronteras locales, también se han emitido algunas opiniones diagnosticas. En el marco de la exposición sobre Leonora, organizada en Madrid por Mafre entre febrero y mayo de 2023, el Dr. García Bernardo pronunció una documentadísima conferencia en la que además de profundizar en facetas artísticas y personales de Leonora realizó un razonado estudio

crítico de los diagnósticos con los que había sido etiquetado el episodio que motivó su ingreso. Resaltó la rarísima frecuencia clínica del «episodio único» y la variabilidad de las denominaciones diagnosticas dependientes de las tendencias formativas de cada momento y de las «escuelas» que se han ido creando en torno a esas tendencias.

No puedo por menos que sugerir cierta cautela sobre la utilización de algunos diagnósticos. En mi opinión el ser humano lo es, en tanto en cuanto le sostienen sus creencias (de nuevo Ortega). Si tenemos en cuenta conceptos como imaginación, fantasía, mente y sobre todo el de conciencia; debemos admitir que Leonora fue una mujer de una fantasía exuberante, creadora, que buceó en su inconsciente y extrajo de él las producciones artísticas que la han consagrado. Al tiempo esa misma fantasía y riqueza imaginativa agigantaron realidades hostiles vividas en su ambiente. Sobre este entramado personal y ambiental, su conciencia de sí y del mundo, sus creencias, se modificaron con el fin de adaptarse a una nueva realidad personal y ambiental. No puedo oponerme que a esa modificación de creencias se le pongan etiquetas diagnosticas, pero hemos de ser prudentes en este etiquetar.

El delirio, etnogeocentrista, que sustenta a todo regionalismo o nacionalismo, basa su existencia, como dijimos, en la creencia de que el lugar en el que se ha nacido es especial y son especiales todos los que han tenido la fortuna de haber nacido en él. Tengo muchos reparos en aceptar que la pléyade de separatistas, nacionalistas, y demás «istas», necesiten una etiqueta psiquiátrica y puedan ser considerados enfermos mentales; quiero pensar que se trata simplemente de la admisión de profundas y personales creencias, tras haber asumido la certeza del citado mitologema.

Otro tanto puede admitirse para Leonora. Durante un periodo concreto de su vida vivió inmersa en una serie de creencias qué, con una base persecutoria, derivaron en otros contenidos de tipo mitologematico.

Todos somos habitados por fantasías que conviven en nuestra mente en calidad de inquilinos pero que a veces pueden convertirse en «ocupas». Cuando Leonora, en su infancia, atravesaba el proceso de diferenciación entre conciencia del yo y conciencia del mundo, estas fantasías, desbordadas, dieron lugar a sus identificaciones con animales u objetos difícilmente entendibles e inaceptables para el medio. Algunas de estas fantasías, con las que siguió conviviendo, fueron el origen de sus magníficas producciones artísticas, así como de algunos de sus desajustes personales.